

año de 1848, aquel puerto en el cual la barca de Pedro arrojó el ancla para ponerse al abrigo de las tempestades del mundo. Ya las anchurosas puertas del infierno se lisonjeaban de haber vencido a la tiara tres veces santa, ya creían caído al gefe de la cristiandad para no levantarse jamás, cuando de repente entre nubes sombrías y terribles relámpagos, resonó el trueno y conmovió los cielos, y los viles secuaces del príncipe de este mundo, oyeron trémulos una voz que exclamaba: "Tú eres Pedro, y sobre esta piedra construiré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella." El Pastor de las almas encontró en su fuga un asilo seguro sobre las rocas de Gaeta, y las puertas del infierno tragarón de nuevo la turba espumante, y cayeron sobre sí mismas ante la fuerza del Omnipotente.

Detrás de la ciudad se extiende una ancha bahía, circundada por altas montañas, a un lado de la cual aparece el gracioso *Moladi Gaeta*. El sol dirigia sus rayos sobre la roca desnuda y pintoresca, a cuyo pié resplandecian con un vivo esplendor muchos grupos de casas. Habíamos entrado al puerto, pero mis ojos no podian descubrir la morada del rey, buscaban en vano una villa que al ménos fuese bonita: Aquila me mostró al fin, dos casitas unidas y apoyadas sobre la muralla de la fortificacion, sobre la cual se veían muchas ventanas cerca de los techos: tal es el palacio en que habita el rey Fernando. El dueño de Nápoles vive en el seno de un país árido, en dos casas escondidas tras un bastion erizado de cañones y que apenas tiene la capacidad bastante para contener su numerosa familia. ¿Quién creeria que este mismo príncipe, posée el palacio mas admirablemente situado que existe en el mundo y que Capo di Monte, esa corona de Nápoles, Caserta, Portici y Quisisana le pertenecen, residencias que podrian envidiarle los monarcas mas poderosos? y sin embargo, él ha establecido su casa de recreo sobre ese nido de rocas. Así es el mundo: se poseen los lugares mas bellos, mas admirables, aquellos que envidiarian los ricos de la tierra, y se huye a un rincon silencioso, donde se encuentran en la soledad nuevos encantos que los artesonados dorados y los sillones de terciopelo no son capaces de ofrecernos.

El pacífico *Retiro* de Gaeta posée sin duda cualidades que han sabido ganar el corazon de la augusta pareja. El rey tiene grati-

tud a esa roca donde ha encontrado el reposo su cabeza fatigada, donde su corona y la corona de la cristiandad han hallado apoyo, y sobre la cual su trono se ha vuelto a levantar con mayor solidez. Este fué el lugar en el que, como piadoso cristiano, dobló el primero la rodilla ante el representante de Dios sobre la tierra, y cual otro Abraham recibió humildemente al huésped sagrado y le indemnizó derramando sobre él las bendiciones de Dios.

El rey se ocupa mucho en la organizacion militar, para lo cual tiene aquí sobrado tiempo, y fortifica cada dia más la formidable posicion de la ciudadela. La reina se complace viviendo en la calma de la familia, de que puede gozar mas íntimamente en Gaeta. A estas diferentes razones se atribuye que la real pareja prefiera aquella estrecha mansion sobre los magníficos palacios de Nápoles.

Muchos buques de guerra se encontraban en la bahía en aquel momento y saludaron nuestra llegada. En medio de las armonías de una música militar y los hurras de los marineros, se arrojó el ancla, y una chalupa tripulada por oficiales superiores cubiertos de condecoraciones nos recogió de la fragata y nos condujo a tierra cerca de una poterna practicada en la muralla de recinto, donde fuimos recibidos por algunos personajes de la corte. Detrás de la estrecha poterna habia un caminito bastante sucio por donde llegamos hasta la entrada de la residencia: la escalera es empinada y angosta. En el segundo piso vimos venir hácia nosotros a un hombre grande y fuerte con el pelo y la barba cortos, gran cordon en el hombro y tricornio galoneado en la cabeza. Mi buen genio me inspiró que aquel era el rey, y creo que verdaderamente esto fué una inspiracion divina, pues yo me habia figurado a Fernando muy diferente. Aun tenia vagamente en la memoria al jóven de veintiseis años que habia visto en Viena en 1836. Ahora sin duda tenia cuarenta y uno; pero se hubiera creído de mas de cincuenta; tal vez era efecto del clima ó tambien de la revolucion que ha hecho sufrir demasiado al rey. Cuando mas tarde tuve ocasion de considerarlo despacio, recordé sus facciones de otro tiempo; pero su hermosa cabellera negra estaba ya encanecida y su rostro surcado por las arrugas. Llevaba el sencillo uniforme de uno de sus regimientos de granaderos, al cual prefiere, segun se dice, desde el

tiempo de la revolucion: al hombro llevaba la órden austriaca de San Estéban.

El noble príncipe me hizo la acogida mas amable, y al punto me presentó con la reina, quien hace veinte años que no ve nuestro país: cuando dejó el hogar paterno estaba seductora por su gracia y su juventud; hoy la hija de los príncipes alemanes se ha hecho italiana y es madre de nueve hijos; ya con esto, se puede imaginar el cambio que ha tenido. Es una mujer pequeña, delicada y fina; y aunque tiene cierta semejanza con su padre y sus hermanos, predominan en ella los rasgos de la fisonomía de los Nassaus: tiene un aspecto calmado y serio, no parece vivir mas que para sus hijos, y manifiesta un gusto pronunciado por la soledad.

Gustaba el rey en otros tiempos de las fiestas y de los placeres; pero desde su segundo matrimonio, y sobre todo, desde la época de la revolucion, las grandes habitaciones de gala solamente se abren para las fastidiosas recepciones oficiales en los dias de aniversario de nacimiento y en los de año nuevo: en estas solemnes ocasiones el rey y su familia reciben las felicitaciones de los grandes del reino y de los altos funcionarios; y tanto las mujeres como los hombres, cumplen con la formalidad del *bacciamano*. No puedo dejar de notar aquí la admiracion profunda que experimenté viendo por la primera vez a los mas grandes personajes arrodillándose delante de mí y tendiendo su mano derecha sobre la mia, como si esta fuese una fuente de agua bendita: este movimiento reemplaza el acto material de besar la mano. Nada acostumbrado como yo lo estaba y mucho ménos preparado para semejante costumbre, aquella ceremonia me causó una impresion de las mas desagradables; me excusaba, por lo mismo, de la manera mas cómica y trataba de evitarla. Algunas buenas personas entendian de razones; pero otras muchas se obstinaron en querer darme aquel testimonio de respeto. Apénas hubimos cambiado las urbanidades de costumbre y la reina me habia invitado a tomar asiento en un sofá, cuando apareció la numerosa familia del rey por una puerta lateral: nueve hijos, de los cuales seis son varones y tres niñas. Solo el príncipe real es fruto del primer matrimonio de su padre: es un jóven de quince años, niño aún por su traje y sus modales, y muy parecido á su primo el duque de Módena: sus ojos pardos anuncian bondad y

sus facciones tienen mucha dulzura. Los otros niños dejan percibir algo de su origen austriaco, especialmente los varones que tienen un aspecto muy despierto. Las niñas poseen fisonomías dulces y graciosas; pero ninguna es precisamente bonita. El rey tiene un gusto particular que parece no agrada mucho a la reina, y consiste en hacer cortar a todos sus hijos el pelo casi hasta la raíz.

Para la augusta pareja era yo un personaje, hasta cierto punto nuevo; y como se sabia poco de las últimas condiciones de Austria, tuve que sostener exclusivamente la conversacion que algunas veces fué interrumpida. Finalmente, el rey me hizo la gracia de conducirme personalmente a las piezas que me habian sido preparadas, y tuve facultad para disponer de mí hasta la hora de la comida. Las habitaciones de la pareja real son pequeñas y de una sencillez que podria llamarse excesiva, sobre todo, en lo que concierne al menaje; se les podria tomar por piezas de algun funcionario que no estuviese muy altamente colocado; los muebles son de los mas ordinarios, los veladores están cubiertos con carpetas usadas, y de las paredes, tapizadas con papel, cuelgan grandes grabados ingleses que representan la caza del tigre y del oso, como se pueden ver en las habitaciones de nuestros celibatarios. Cada ventana tiene su balcon formado de verjas de hierro muy unidas, y acercándose a él se vé desde luego la calle sucia y estrecha, y mas arriba el bastion de la fortaleza cuyo aspecto me oprimiria demasiado, si tuviese que hacer de aquella casa mi mansion habitual. Desde mis ventanas, en la parte nueva de la residencia se vé una antigua y fea casa, cuyas raras ventanas dejan percibir los detalles poco atractivos de un menaje de aldea, y de cuando en cuando el arrugado rostro de alguna vieja. Es verdad que aquella casa muy pronto deberá ser derribada y se prolongará el bastion; entónces se podrán ver las habitaciones de la reina, la bahía y las calvas montañas. Detrás de la casa, por el lado que dá el frente a la gran roca, subiendo al piso superior, se llega a un terrado de jardin, donde vegetan penosamente un cenador de parras y algunos árboles: los tiestos no contienen plantas notables, y sin embargo, este pequeño espacio es para mi gusto, el principal atractivo de la casa. El jardin no tiene perspectiva;

pero se escalona graciosamente por toda la roca, y las vides lo enlazan de una manera agradable con las murallas y con el patio. El cuerpo del edificio en que estoy instalado, se une con la parte antigua por algunos escalones de piedra, y mis piezas, si no están amuebladas con lujo, no carecen de gusto y elegancia.

Aproveché el tiempo que me quedaba hasta la hora de comer para hacer una visita al príncipe real. El pobre joven es muy tímido, lo que tal vez sea resultado de la educación severa que ha recibido: lo tienen completamente alejado de la sociedad y se empeñan en mantenerlo en una especie de estado infantil. El año venidero será mayor de edad, entonces tendrá un acompañamiento independiente, y estará cerca de su persona un cierto conde de Ludolf, que pertenece al corto número de entes presentables de la corte de Nápoles. Embajador del reino cerca de la Santa Sede, vino a Gaeta en 1849, agradó a la real pareja, y desde entonces vegeta, como una especie de *administrador del placer*, en esta corte, cuyo nivel intelectual debe ser bastante primitivo para que haya podido llamar la atención un personaje como Ludolf, cuyo talento consiste en soltar sobre todo lo que se ofrece, un flujo de chistes capaces de hacer dormir. En las comidas y en el paseo, este digno hombre tiene por única misión divertir a la reina y obsequiarla con inocentes anécdotas sacadas de los recuerdos de su carrera política.

El rey trabaja mucho; y como sucede frecuentemente a las gentes ocupadas, otorga su preferencia a personas ordinarias é insignificantes. Era también máxima de un gran político francés, el cual, cuando le preguntaban cómo podía frecuentar una sociedad tan completamente insignificante, tenía costumbre de responder: «Descanso.» Ludolf es pues la única persona que forma excepción aquí, y por ese motivo sin duda lo agregan al acompañamiento del príncipe real. La costumbre que ha adquirido de moverse como diplomático en las más diversas circunstancias, no dejará de serle muy provechosa en sus nuevas funciones.

En la comida figuró parte de la comitiva compuesta de las fisonomías más extrañas. La cocina, exclusivamente italiana, era bien poco de mi gusto; el platillo más interesante para mí eran los eternos *macaroni*: ricos y pobres los toman aquí todos los días; hasta

he llegado a tener sospechas de que los habitantes del bello reino han sustituido en el *padre nuestro* este alimento al *pan de cada día*.

Después de la comida, con gran sorpresa de mi parte, el rey pidió cigarros y nos obligó, a pesar de nuestra resistencia, a fumar delante de la reina. Supongamos que hace medio siglo algún profeta ó algún gitano, de los que dicen la buenaventura, se hubiese deslizado en la orgullosa corte de Nápoles y hubiese murmurado al oído de los Borbones: «A pesar tuyo, raza antigua, vendrá un día en que los hijos de Capeto invitarán al extranjero de lejanos países a fumar la hoja prohibida en las riberas del antiguo mar, y en presencia de la hija de los Hapsburgos.» Ellos, trémulos, habrían exclamado: «¡Grande, siete veces grande es nuestra culpa, porque nuestra raza ha sido condenada a la ceguera!» ¡Oh tiempos, oh costumbres! Nuestros viejos padres no existen, han desaparecido en la tumba con el viejo tiempo: sus hijos han levantado aquella prohibición, y sobre los mismos tronos de donde partió en otra época la excomunión contra la nicotina, fuman hoy los monarcas del nuevo siglo. Así camina el mundo.

Hacia algunos instantes que el tiempo se había descompuesto; una fuerte borrasca se desencadenaba a través de las montañas, y en la ribera opuesta se amontonaban sombrías nubes, que bien pronto se rompieron, derramando sus benéficas aguas: con esto se refrescó un poco la atmósfera; pero no era posible ejecutar el proyecto de hacer una excursión a la ciudad.

Cuando disminuyó la lluvia, el rey me invitó a dar un paseo en coche por la fortaleza. La reina quiso ser de la partida: durante mi permanencia en Gaeta no cesó de manifestarme la mayor benevolencia, y llegó hasta dirigirme constantemente la palabra en nuestra lengua materna, lo que no le acontece sino rara vez. El rey, la reina, los tres hijos mayores y yo tomamos asiento en una ligera carretela y el resto de la concurrencia nos siguió en otros varios carruajes. Tomamos a lo largo de la muralla de recinto de la ciudad hasta llegar a la puerta que da al campo: encontrábamos en el camino numerosos presidiarios, vestidos de encarnado, cargados con pesadas cadenas y trabajando en la reparación de las murallas. Son condenados militares que sufren aquella pena por graves delitos.

Fuera de murallas y cerca de la puerta, esperaba un destacamento de artillería; escolta habitual del rey en sus paseos en coche: hoy, en honra mía sin duda, la despidió, haciéndole una seña con la mano. Nos hallábamos en una lengua de tierra angosta y desnuda que sirve de comunicacion entre la ciudad y la roca: enfrente de este lugar, desde donde podría intentarse un ataque por tierra, la fortaleza ofrece una defensa natural de rocas a pico, que la circundan por el lado de la mar hasta la entrada de la bahía. Este último, al contrario, está defendido por trincheras levantadas por la mano del hombre, que se extienden a lo largo de la ribera, cubriendo las casas de la ciudad.

Aquella lengua de tierra vió dos veces en un mismo año un gran concurso de personas. La primera, fueron el pueblo de las inmediaciones y las tropas napolitanas que estaban reunidas. Un pobre fugitivo, desde lo alto de la ciudadela, en un lugar marcado despues con una lápida de mármol que tiene una inscripcion, les daba el único bien que le habian dejado las borrascas del mundo y que tantas criaturas humanas querian recibir aún, a pesar del furor de sus enemigos: la bendicion apostólica. La segunda vez, Pio IX apareció de nuevo sobre la roca y pronunció en alta voz su omnipotente bendicion; la daba entónces a una multitud que le prometia un próximo auxilio: eran las tropas españolas enviadas contra los rebeldes por la reina católica, y que acababan de desembarcar en Gaeta para recibir la bendicion pontifical, a fin de partir al combate con el alma fortificada de esta manera.

Testigos oculares me afirmaban que fué un espectáculo muy imponente ver al príncipe de la Iglesia levantándose sobre las murallas, con su sencillo traje blanco, y pronunciando con voz calmada y firme las palabras sagradas sobre la multitud de los fieles, que abismados en un mudo recogimiento, inclinaban ante él la cabeza. El lugar parecia maravillosamente escogido para un acto tan sublime y tan solemne.

Volvimos a pasar la muralla de recinto para visitar los diferentes bastiones que están en reparacion continua y que parecen tener, efectivamente, una grande importancia estratégica. El rey, por un sentimiento filantrópico de los mas honrosos, ha hecho plantar árboles en la árida roca, como lo hizo antes en los alre-

dedores de Nápoles. Aquella roca, segun tuve ocasion de observarlo posteriormente, ofrece gran semejanza con la fortaleza mas formidable, la invencible Gibraltar. En una de las calzadas recién plantadas, la mujer de un presidario que llevaba un niño en los brazos, se precipitó al coche del rey y se apoderó de él delirante, sin querer soltar su presa, a riesgo de ser atropellada por las ruedas; fué preciso que un soldado la separase tomándola del brazo: la pobre mujer, desesperada, dejó caer a su hijo medio desnudo y se inclinó sobre él aullando de dolor. La escena era triste, y muestra cuán vivos y hasta exagerados son los sentimientos de los meridionales. Observé en Gaeta y en Nápoles tambien muchas veces, que el pueblo ocurre al rey y a los príncipes directamente arrojando solicitudes a sus carruajes. Sobre la muralla de recinto que da al campo, hay un convento perteneciente a una órden de San Francisco, desconocida entre nosotros, y el rey quiso que fuésemos a él. A la entrada se encuentra una capilla en que la familia real se arrodilló é hizo una corta oracion: dirigiéndonos a la segunda capilla pasamos por un largo *via-crucis*, y mis augustos guías se santiguaron haciendo piadosas reverencias delante de cada cuadro. Fuimos despues a ver en la roca una grieta de cerca de cuatro piés de anchura, que se extiende, para arriba, desde la mar hasta la cima de la montaña, y que se dice que fué formada por el temblor que sobrevino cuando la muerte de Cristo. Aquella grieta extraña, angosta y profunda es seguramente la mayor curiosidad de Gaeta: yo no sabré decidir si debe su origen realmente a un milagro, y dejo a los incrédulos que sonrien, el trabajo de explicar como puedan aquel raro fenómeno.

Una escalera atraviesa el estrecho paso, y conduce a una iglesia construida en una bóveda formada sobre la grieta. En la pared izquierda de la roca se observa la marca de cinco dedos, los de un mahometano, que oyendo referir antiguamente el origen maravilloso de la grieta, manifestó su desprecio por esta débil piedra é hirió la roca con la mano, conservando aquella, segun cuenta la tradicion, la marca de los dedos. Vencido por este milagro, el infiel se hizo bautizar con agua que brotó de repente de la pared: el agua corre aún hoy, y las gentes devotas se hacen con ella la señal de la cruz, como con el agua bendita.

Hicimos una corta oracion en la iglesia, donde está expuesto el santo sacramento. Por la derecha del altar, a través de los vidrios de una ventana, se ve el agua de la mar que llena el entrepaño y la mar misma: pretenden que a las órdenes de Napoleon, un ejército frances quiso tomar la ciudadela por la grieta; pero ántes el comandante de la plaza, príncipe de Hessen-Philppsthal, murió repentinamente herido por una bala enemiga; el desórden se introdujo en la guarnicion, y ésta capituló al punto. Se ha levantado un monumento a la memoria del valiente comandante, cerca del lugar en que Pio IX dió su bendicion solemne.

Antes de dejar el convento, el rey se arrodilló de nuevo delante de la capilla, con su mujer y sus hijos. Entre nosotros, estas frecuentes genuflexiones tal vez parecerian ridículas; pero aquí, en este país meridional todos los sentimientos se expresan con fuerza, y de la misma manera que los grandes doblan la rodilla delante del rey y de su familia, el rey la dobla ante el único ser superior a él. Regresamos a la ciudad para ver una batería nuevamente construida. En aquella me enseñaron una casa de modesta apariencia, pero que se ha hecho célebre por la hospitalidad que dió al Santo Padre: se encuentra inmediatamente contigua a la posada en que ya no habia lugar cuando el Papa llegó secretamente, vestido con un sencillo traje de clérigo; por esto descendió en aquella humilde habitacion particular. El embajador de Baviera, conde Spauer, que le acompañaba, dirigió al punto una carta al rey de Nápoles: apénas el sol se habia levantado sobre las montañas de Gaeta, un vapor arrojó el ancla enfrente de la ciudadela, y el rey se precipitó con su mujer y sus hijos a los piés de aquel que es el representante de Dios sobre la tierra. Habia recibido la noticia en medio de la noche, y por la mañana dejaba a Nápoles para ir a recibir al padre de la cristiandad y conducirlo a una casa que él habitaba en otro tiempo cuando iba a Gaeta.

No tardaron en llegar nuevos fugitivos: entre los mas ilustres, el gran duque de Toscana y su familia; la casa que habitaron se encuentra al lado de la batería de que hablaba yo hace poco, y se distingue por una inscripcion latina, como los otros puntos que se han hecho históricos. El gran duque se dirigió despues a *Mola di Gaeta*, donde habitó la villa del gran Ciceron. Apénas podia conte-

ner Gaeta los huéspedes que afluían por todas partes: personas de la corte, diplomáticos y cardenales venian a buscar aquí un refugio. En semejantes circunstancias, obtener un cuarto soportable era obtener una gran fortuna; el conde Ludolf me contaba que en su pieza, cuyos muebles consistian en una cama y dos sillas, recibió una noche a seis cardenales de visita.

En la batería mencionada mas arriba, y que protege por una salida los principales edificios de la ciudad, observé muchos hermosos *Paixhans*, nueva especie de cañones con que se pretende fortificar abundantemente la ciudadela. Nos dirigimos luego a una altura donde se encuentra una casa de educacion militar, fundada por el rey. Los jóvenes alumnos, cuyo número asciende a mas de ochocientos, estaban todos formados en el camino y tenian un aspecto de contento y de salud que daba gusto ver.

Tan luego como aquel establecimiento fué creado, por todas partes dirigian solicitudes al rey los militares para que sus hijos fuesen admitidos; el rey, que gusta tanto de los soldados, no se atrevia a rehusar, y de esta manera el número de los alumnos pronto llegó a una cifra enorme, aun ántes de que se hubiese terminado la organizacion interior que debia reglamentar su educacion.

De lo alto de las rocas en que estábamos, una escalera adornada con tiestos, enredaderas y festones de parra, nos condujo, por el jardincito, a la casa del rey. Ya para nosotros era tiempo de regresar; me despedí de la augusta pareja, dándole las gracias por la cordial acogida que habia recibido, y en ménos de cuatro horas llegamos a Nápoles, donde nos dejó el *Fieramosca* a la caída del dia. Con excepcion de algunos momentos dedicados a la cena, estuve, durante toda la travesía, sobre cubierta, ocupado en platicar con mi amable pariente Aquila, que me contó las cosas mas interesantes.

Rada de Nápoles,
12 de Agosto de 1851.

El *Museo Borbónico* es uno de los raros edificios de Nápoles, cuya arquitectura no es imponente: sus paredes, como las de Capo de Monte, son de ladrillo descubierto y de piedra gris, y el estilo

es neo-romano, como el de casi todos los monumentos de Italia. El duque de Ossuna, lugarteniente del rey de España, fué quien puso la primera piedra, destinándolo entónces para que sirviese de escuela de equitacion. Los vireyes subsecuentes lo continuaron, y en 1616, bajo el gobierno de Don Pedro de Castro, se estableció en él la universidad. Hasta 1816, despues de haber servido de tribunal y cuartel, este edificio fué dedicado por Fernando I a su actual objeto, reuniendo en él todas las antigüedades del reino, dispersas en diferentes lugares. Nos hacia falta el tiempo, y recorrimos apresuradamente las salas mas interesantes, para ocuparnos con preferencia de las antigüedades romanas: la edad média, y los cuadros, fueron enteramente sacrificados.

El gran tesoro artístico del museo, son las pinturas murales de Herculano y de Pompeya. En ellas se descubre cómo los romanos han sido verdaderos maestros en el arte del dibujo, llenos de vigor y de originalidad. Aquella coleccion incomparable, encierra las pinturas clásicas mas graciosas, los cuadros de historia mas curiosos, y hasta objetos domésticos maravillosamente combinados. El arte antiguo se me descubria repentinamente bajo una faz nueva: muchas veces habia yo sentido que las pinturas de los antiguos no hubiesen llegado hasta nosotros, cuando hé aquí que me encontraba trasportado en medio de ellas, y aturdido de sorpresa y de admiracion. Carecíamos de tiempo para estudiar cada cosa en detalle; pero yo veía bastante para que se hiciera una revolucion completa en mis ideas, y para comprender en fin, que los romanos, por más que sean discípulos de los griegos, tienen tambien derecho a nuestra admiracion en este ramo del arte. ¡Qué maestros, en efecto, deben haber sido sus mejores artistas de aquella época, si poblaciones tan pequeñas como Herculano y Pompeya, poseían tan bellas cosas!

Entre los mas bonitos frescos, debemos colocar las célebres bailarinas, dibujadas sobre fondo oscuro de una manera tan vaporosa y tan poética. ¡Qué talento magistral en el movimiento de las figuras! ¡qué gracia y qué delicadeza en el arte del ropaje! Un cuadro que tiene por objeto una cigarra dirigiendo un carro tirado por un loro, nos muestra que los graves romanos se ocupaban ya de la caricatura: segun parece, es el emperador Neron, con-

ducido por Séneca, su preceptor, que está representado por aquel insecto.

Habian dado las doce, y nos dirigimos a la modesta estacion de la vía férrea que conduce a Portici y Nocera. Tomamos asiento en los carritos muy poco elegantes de aquel camino de hierro en miniatura, para atravesar por medio del vapor, los mas bellos alrededores que existen seguramente en el mundo. A la derecha está la mar y sus riberas encantadas; a la izquierda la rica y vasta llanura; despues las alturas del Vesubio, cuyos costados de lava están sembrados de viñas encantadoras y de risueñas villas que, felices con vivir, parecen desafiar la eterna espada de Damocles, la amenaza incesante del fuego destructor. Al salir de un estrecho desfiladero practicado en la lava, se vé uno en medio de un nuevo y admirable valle, de un paraíso terrestre que se extiende entre la mar, las alturas de Castellamare y el Vesubio; es el pequeño valle de Nocera, donde se encuentra al pié del volcan, la antigua Pompeya, que se ha hecho tan famosa por su catástrofe y por su resurreccion.

El dia era magnifico, el sol se ostentaba soberbio en lo alto del firmamento y reflejaba su imágen radiosa en el espejo tranquilo de la mar. Partenope desplegaba todos los recursos de su coquetería en favor del pequeño grupo de extranjeros, y en un voluptuoso abandono le descubria el tesoro de sus hechizos: parecia querer, con su fuego meridional, conseguir la victoria sobre los frios habitantes del Norte y enlazarlos en sus encantos de sirena, para despertar en ellos una embriaguez y unos deseos desconocidos.

En las riberas de este golfo incomparable todo es vida y alegría; y sin el aspecto siniestro de los torrentes de lava del Vesubio, verdaderamente se creeria uno trasportado al Eden.

El tren se detuvo, y nos acercamos con una impaciencia mezclada con cierta emocion religiosa a la vieja ciudad de los romanos. Como la han sacado de las cenizas, está tan baja respecto del nivel del suelo que no se puede ver ántes de llegar a sus puertas. Por una calle estrecha y que tiene a ambos lados monumentos fúnebres, se llega a la plaza del Foro, donde se halla la Basilica, así como otros varios templos. La Basilica tiene grandes dimensiones y aun se vé el lugar destinado a los jueces en la extremi-